

"Del otro lado de las cosas": el miedo del niño tras las gafas

Álvaro García

Si el miedo es anticipación, terror a algo inminente (exista o no ese algo), el niño con gafas, soltado en la tormenta de la mañana escolar y su patio a patadas, lleva encima de su nariz y de sus orejas la leve arboladura nada leve de sus gafas, gafas que de pronto se empañan de esfuerzo y que se pueden caer al suelo y que se pueden romper como si se nos rompe la mirada. Se pueden romper o que otro niño las rompa al partir, también un poco, la cara del niño con gafas.

El miedo anida en la infancia, la infancia cronológica y la otra, la portátil, la que acompaña a la edad adulta y no digamos ya a la vejez. El miedo se agazapa en toda biografía porque la infancia sigue ahí, apelotonada o suelta entre los años, diluida en la edad como en la sangre. La cautela adulta viene dada, es un tic tribal, un hábito involuntario, pero a

partir de la conciencia de la madurez todo consiste en una lucha contra la madurez: en la tarea admirable de no dejarse vencer por el exceso de cautela. Con esto entramos en la pequeña tragedia del niño con gafas: la realidad y su ortopedia de la mirada lo obligan a ser adulto antes de tiempo; a vivir cada instante de su niñez con la cautela de no partirse el cristal inopinado de las gafas.

La utilidad real de toda prótesis para el cuerpo suele ya de paso ser útil al subconsciente y marcarle para siempre el paso o la visión. Incluso si el niño con gafas deja luego de llevarlas en la adolescencia o en la juventud, llevará incorporado el miedo a mirar sin más, sin asomarse al túnel doble de la montura en que se ajusta o ajustaba la perspectiva y el volumen de las cosas. Hay terrores más graves, por supuesto. El niño al que

maltratan, el niño al que el azar menos, cuando observa en greguería macabro del accidente o la enfermedad que "un hombre con lentes tiene que mortal deja sin padres, el niño sin ser un tanto artificial... Desde luego, hogar, el miedo de esos niños es un está colocado del otro lado de las miedo lógico. El miedo sigiloso e cosas, del otro lado de sus lentes y hay injustificado del niño con gafas es, para algo sutil, suave y abnegado que no colmo, absurdo. Pero si hablamos de pasa por ellos... Así tienen los hombres miedo, quién puede dejar de considerar de lentes un egoísmo extraño, tantas veces la sombra de lo absurdo. involuntario, refinado... Están Los amantes tienen miedo a no amar lo profundamente apartados de suficiente o a no ser suficientemente nosotros... No hay que darles vueltas."¹ amados. El durmiente con arsenal de Algo de esto ocurre en las escenas en despertadores por la casa tiene miedo a que a un niño, en una película de no despertarse. Todo eso es absurdo y Woody Allen, los otros niños le rompen no. Tanta gente ha dejado de amar o de las gafas o le obligan a que las rompa ser amada. Tanta gente ha dejado de él mismo. "Colocado del otro lado de despertar. las cosas", el miedo va dejando de ser

Cuando se lleva al niño con dolor miedo y es sólo distancia óptica que se de cabeza al oculista, los padres dan sin vuelve distancia mental. Y la distancia querer un primer paso hacia la mental es el espacio natural del miedo. transformación y el reajuste de algo Una defensa, al fin, contra la exposición más que el tamaño de lo visible. permanente de ser vulnerable en las Acuden a modificar también lo invisible: gafas, en el artificio con que el mundo la conciencia del sitio que ocupa el llega a los ojos. Al niño ciego nadie, en individuo en el mundo. Esa conciencia su sana caridad, le partiría las gafas. Al traslucirá o no en el carácter de una niño miope es lo primero que le parten existencia, graduará más o menos el todos.

comportamiento. A Ramón Gómez de la No diremos que la buena Serna le parece que más bien más que intención médica de los padres y del

1. Gómez de la Serna, R.: "Greguerías", *Ambos*, 3 (1923), s/p.

oftalmólogo, con sus signos televisión con motivo de su novela gradualmente borrosos en pantalla y 'Finalmusik', Justo Navarro ha dicho, sus monturas terroríficas de plomo y de entre otras cosas, que él tiene más precisión, condicionan gravemente la sentido de la irrealidad que de la vida del niño obligado a vivir del otro realidad. El entrevistador celebraba la lado de las cosas. No lo diremos, pero frase por su sentido del humor: "Es que lo pensaremos: pensaremos en quienes tienes fama de ser muy serio". "Es que se pasarán la vida del otro lado de sus soy muy serio", sonreía el novelista por gafas, y en cómo se les empañarán los no entrar, suponemos, a explicar que cristales y los amores de patio pasarán hace falta ser serio para tener sentido de largo hasta que luego a los veinte se de la irrealidad: saber ver lo que parece ame por lo mismo a ese ser aislado y que no ocurre o que no existe. De con los ojos como en vitrinas. ¿No es creadores como Ramón Gómez de la como mínimo aterrador que el niño oiga Serna, Woody Allen y Justo Navarro que lo llaman 'cuatro ojos'? Tendrá que aprendemos a preferir, en vez de la ir quedándose del otro lado de una demora de las descripciones, el mirar barrera graduada que le obligue a ver una sola imagen. Si en una novela o en todo con aumento: con aumento la una película o en una greguería hay un crueldad boba de la existencia, con hombre con gafas, vemos qué hay en aumento la injusticia y el dolor de la eso: no la realidad estricta de las gafas, gente, incluido, con mayor exactitud sino la irrealidad de la precisión que en la percepción de otros, el dolor incorporada al rostro. "Todo es según el de los niños que realmente tienen color del cristal con que se mira", motivo de dolor, los ciegos, los adelantaban los versos evidentes de huérfanos, los maltratados y los gordos. Campoamor. Un poco más hacia el Al niño con gafas sólo le ocurre esto: interior del caso, los autores que lleva gafas, no puede mirar sin más, no acabamos de citar –Ramón, Allen, puede mirar sin miedo. Navarro- logran que la adivinación

En alguna entrevista en honda de lo real cifre la única realidad

quizá indudable: la realidad no como la inferioridad de lo psíquico a lo físico" y vemos, sino como la sentimos. viceversa. Groddeck está seguro de que

Existe el miedo enfermizo, de no hay frontera entre mente y cuerpo y acuerdo. Sin ir más lejos, el miedo a de que hay "una propiedad del quedar del otro lado de las cosas puede inconsciente humano, del Ello, a la que ser ridículo (condición, por otra parte, podríamos llamar cautela del de la mayoría de los miedos humanos inconsciente"⁴. De algún modo hay que cotidianos). Si alguien ha sabido de resarcir a quien ha vivido obligado a la esto han sido Freud y los freudianos. cautela y el escepticismo desde la En su libro potente y salvaje y práctico infancia con gafas. Por eso el encanto sobre el Ello², Georg Groddeck conecta masculino o femenino de las gafas, en la disposición temporal hacia la Cary Grant, en Marilyn Monroe, en John enfermedad con el sentimiento Lennon, en el propio Woody Allen. angustioso de impotencia, de Tarde o temprano se revelará el inferioridad. Si el niño o el adulto con encanto aunque el hombre o la mujer gafas son incapaces de ver físicamente con gafas no se atrevan a saberlo como los demás, su sentimiento de porque las gafas les hicieron retraídos inferioridad, de fragilidad expuesta, se hasta tener que ocultarse tras un vaso, completa con la notoriedad de las otra corrección cristalina, para poder gafas. Dice Groddeck: "Mientras la idea hablar con sus congéneres sin miedo a de inferioridad se liga a la esperanza ser ante todo, o antes que todo, unas esti-mula la vida, libera fuerzas gafas. Miedo a no ser un hombre o una espirituales y corporales, como en la mujer, sino un hombre con gafas y una ambición, la sed de saber o la mujer con gafas. O incluso, "un gafas" aspiración a compensar capacidades y hasta "el gafas". La ontología deficientes"³. Esto puede alimentar el absorbente. Lo accesorio invasor. Las genio en varios sentidos de la palabra gafas que nos tragan. El terror. genio. Pero entretanto fluyen las Hay miedos más serios y "transferencias del sentimiento de justificados en este mundo. Pero

2. Groddeck, G.: *Sobre Ello. El sentido de la enfermedad*. Ed. de Ángel Cagigas. Irún: Iralka. Col. "La cizaña bajo el Ágora", 1997.

3. Groddeck, p.19.

4. Ibid.

digamos en descargo de lo que aquí sostenemos que incluso los problemas y miedos razonables, con frecuencia invisibles para la mayoría de la gente, no son invisibles para quienes llevan cristal de aumento en la sensibilidad. Todos los grandes dolidos, desde Quevedo, que llevaba quevedos, han sido sometidos a eso de tener la realidad ampliada ahí delante, igual que se ampliaban los gusanos de la carne en la lente del médico mentiroso del acorazado Potemkin. Para compensarse a sí mismo, el que lleva gafas desde la infancia tendrá que graduar también sus defensas con el pensamiento, ponerse a desmontar la hipocresía social como hace Sartre (no hemos dicho nada del estrabismo) o como hace John Lennon. Poniendo gafas a los niños, la realidad inaugura desde muy pronto la graduación de un miedo, de una alerta y de un inconformismo. Quién sabe si, finalmente, pone entre los ojos y el mundo el artefacto mágico de una inspiración social o individual. Aparecen a veces unas gafas en el catálogo o lote de subasta con los objetos del poeta o del científico muerto. Gracias al valor que la muerte del inmortal añade a sus cosas pobres y normales, apreciamos ahí el temblor de una vida separada sutilmente de cualquier sobreentendido, por medio de las gafas. Las cosas pueden ser como son, pero también borrosas o nítidas de pronto y aumentadas. Un ser puede ser un ser o un ser con gafas. ¿Cómo no tener miedo a la volubilidad monstruosa de lo aparente, a la profunda irrealidad de lo real?

Álvaro García es escritor